

Aprender a vivir con la pandemia

Gina Jocelyn De Martino Gutiérrez
*Preparatoria Urbana Enrique Cabrera
Barroso, BUAP*
gina.demartino@correo.buap.mx

La pandemia de COVID-19 se presentó en la historia de la humanidad para quebrar las estructuras que se pensaban seguras e inamovibles. De tajo y sin tibiezas colocó enfrente la vulnerabilidad como un rasgo inherente al ser humano y, a pesar de los binarios existentes en el imaginario social, no ha respetado categorías.

No existían herramientas sanitarias, gubernamentales, económicas o emocionales en el mundo entero para

afrontar una enfermedad de tal magnitud. Los intentos por darle solución surgieron como una abrupta intervención en crisis que se realiza con un paciente del que no se tiene el mínimo expediente ni la mínima información; es decir, con graves errores.





Desde el inicio de la enfermedad, la sorpresa y emergencia dieron paso a la creación de nuevos escenarios. Las tecnologías se mostraron más que nunca como una tabla de salvación para sacar a flote las actividades que permitían su desarrollo mediante vías digitales. Las ventas de dispositivos electrónicos se multiplicaron ya que la adquisición de éstos se tornó indispensable.

En este sentido es que todos los actores del escenario educativo a nivel mundial nos vimos confinados en nuestros hogares para dar y recibir la instrucción académica que se vio interrumpida de manera presencial y se debía llevar a cabo a través de los dispositivos que estuvieran al alcance y la calidad de internet que se dispusiera.

Entre esta gran ola cibernética, la propuesta de muchos profesionistas de la educación -manifestada en reuniones formales, capacitaciones de extrema urgencia o puntos informales de diálogo entre colegas- fue que la era

digital había llegado y que los grandes retos que enfrentaba la educación eran la renovación a través de los medios digitales, el desarrollo acelerado de habilidades docentes en el manejo de las TIC's y la adaptación de los programas de estudio para dichos medios; es decir, la construcción de nuevos modelos pedagógicos y didácticos centrados en las nuevas tecnologías.



Desde el inicio de la enfermedad, la sorpresa y emergencia dieron paso a la creación de nuevos escenarios. Las tecnologías se mostraron más que nunca como una tabla de salvación para sacar a flote las actividades que permitían su desarrollo mediante vías digitales.

Y, a pesar de que la resistencia al cambio fue con la primera dificultad que se enfrentó dicha propuesta, el cambio se hizo porque no había otra opción. Se ajustaron planes de estudio y medios de comunicación. Específicamente en nuestro país cada institución —regida o no por los parámetros de la Secretaría de Educación Pública— instauró sus propias metodologías tomando en cuenta las necesidades del contexto ya que por obvias razones no podemos hablar de un grupo homogéneo en el aparato educativo. Sin embargo, hay algunas otras aristas que no estamos considerando y que conforma la propuesta central del presente escrito.

Si bien el desarrollo tecnológico y la inmersión en una vida de tal naturaleza es indispensable, esto no significa que entonces el reto de cualquier centro educativo sea mantenerse a la vanguardia en tecnologías -a costa de su recurso humano en el que están incluidos trabajadores y alumnado, por cierto.

Es decir, la inserción a la era digital ya es un hecho, ha avanzado y lo seguirá haciendo, por lo tanto, el reto educativo no está en impulsar ese avance que ya existe. Al respecto dice Paul B. Preciado (2019, p. 246):

Las pantallas son la nueva piel del mundo [...] Son la piel de una nueva entidad colectiva radicalmente descentrada y en proceso de subjetivación. Mientras tanto, los implantes electrónicos acabarán transformando nuestras pieles en pantallas. [...] Cada año asistimos a la obsolescencia de aparatos y aplicaciones que nos parecían eternos y al nacimiento de nuevos que incorporamos en tan solo unas horas.

Esto indica que el reto que verdaderamente enfrenta la educación en todos sus niveles no es el cambio tecnológico, sino centrarse en el sujeto. Porque en esta transformación



en la que tenemos máquinas por todos los flancos y las necesidades se han centrado en la consecución de más máquinas todavía ¿dónde estamos dejando al ser humano?

Si la enfermedad disolvió categorías, el refugio bajo la tecnología las apuntaló con firmeza. Ni todos los estudiantes contaban con dispositivos, internet, pantalla o televisor con transformador de señal, ni todos los docentes tenían recursos para solventar su proceso de enseñanza además del proceso de aprendizaje de sus hijos. Las ventajas y desventajas de unos contra otros han enraizado todavía más las diferencias.

La pandemia y la vida digital trajeron como consecuencia la pérdida de la rutina y, más profundamente, de los rituales como apunta en entrevista el filósofo Byung-Chul Han (2020):

La pandemia remata la desaparición de los rituales. También el trabajo tiene aspectos rituales. Uno va al trabajo a las horas fijadas. Y el trabajo se hace en comunidad. También el coworking o trabajo cooperativo apunta al carácter comunitario. Pero en el teletrabajo, al que la pandemia obliga, esta dimensión ritual se pierde por completo. [...] Los rituales son en el tiempo lo que una vivienda es en el espacio. Hacen habitable el tiempo, como si fuera una casa. Ordenan el tiempo y de este modo hacen que tenga sentido para nosotros. El tiempo carece hoy de una estructura firme. No es una casa, sino un flujo inconstante. [...] La flexibilización total de la vida también acarrea pérdidas. Los rituales no son simples restricciones de la libertad, sino que dan estructura y estabilidad a la vida. Consolidan en el cuerpo valores y órdenes simbólicos que dan cohesión a la comunidad. En los rituales experimentamos corporalmente la comunidad,



la cercanía comunitaria. La digitalización descorporiza el mundo. Y a esto se suma ahora la pandemia. Ella agudiza la pérdida de la experiencia corporal comunitaria.

Detrás de las pantallas había seres desorientados, cansados y lejanos. Actualmente a las aulas llegan estudiantes con ansiedad o depresión como consecuencias de la pandemia. Diversos factores pudieron detonar estas situaciones. Algún familiar pudo haber muerto por la presencia del virus, por ejemplo. Si las filas familiares no se afectaron, todos los seres humanos nos vimos rodeados de muerte y no es un escenario de fácil evasión; al contrario, genera impacto, se vive con miedo y el ambiente generalizado es ansioso depresivo: mascarillas, gel, cubrebocas, cifras, incrédulos, asecho, etcétera.

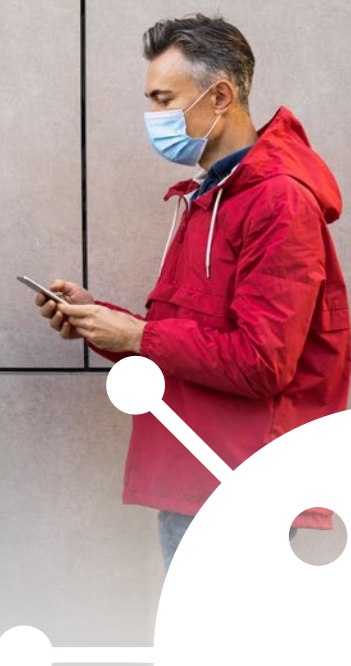
Otro factor detonante de los trastornos mencionados fue también el aislamiento. Si bien para mucha gente fue una buena oportunidad para permanecer en casa y desde dicha trinchera hacer la vida, para otros fue enclaustrarse cada minuto en un nido de violencia del cual antes podían escapar asistiendo a las instalaciones de los colegios. Esto es una realidad y due-

le pero la violencia física, psicológica, económica y hasta sexual que sufrieron los estudiantes -nuestros estudiantes- durante el confinamiento fue catapulta de la desestabilización emocional con que ahora todos los agentes educativos tenemos que convivir bajo el marco de la educación formal.

Habrà que aprender a trabajar con esos seres más allá de las tecnologías, habrá que lograr que descubran y diseñen los rituales que les dan arraigo, que conecten con la naturaleza y que lleven a cabo prácticas de autocuidado para la construcción de su bienestar y del sentido de vida.

Los cimientos en los que específicamente está construida la Educación Media Superior son de resistencia y no es algo que podemos olvidar ya que las características esenciales de los y las estudiantes del nivel marcan el avance hacia dicho camino, son adolescentes que cuestionan su propia vida, el sentido de ésta y de la humanidad en general. Es el espíritu humanista y es la búsqueda constante de derroteros que nos lleven hacia el ser y el respeto a las múltiples vidas. Es ahora cuando se tiene que seguir en la lucha por el respeto a la diversidad pero desde la exploración de las coincidencias más que de las diferencias.





El coronavirus llegó para permanecer y para cambiar hábitos, rutinas y rituales, no podemos evadirnos de esta realidad. No podemos querer retomar la vida como antes era porque nunca volverá a ser igual. En este sentido, es que encontramos que trámites o reuniones de cierta naturaleza se pudieron solventar desde la virtualidad y ahora con la pandemia en intermitencia no aceptamos que se pueden conservar en dicha modalidad facilitando con ello la vida de los individuos, ya que permite disminuir estrés y permite enfocar la atención en asuntos de mayor relevancia como la salud emocional. El COVID-19 es una enfermedad social, nos apartó de aquello que dábamos por sentado y no podemos aferrarnos a la idea de volver a la vida de antes porque ello supone una fantasía que no nos permite avanzar.

El nivel medio-superior enfrenta el reto de preparar seres humanos en un mundo que cada vez se deshumaniza más y más; sujetos que abracen la vulnerabilidad como condición inherente a la vida y vivan desde la interdependencia; formar estudiantes capaces de lograr sus metas con base en el autocuidado y el bienestar; formar alumnos y alumnas sensibles a sí mismos y a los cruces que los vinculan con el otro y generar espacios de conexión, siempre de conexión, incluso cuando el punto de unión sea la diferencia.

spinor

» Referencias

Han, Byung-Chul. (Entrevista) (2020). *“Byung-Chul Han: la desaparición de los rituales nos ahoga”*. El manifiesto.com. Por Rebeca Yanke. Disponible en: <https://www.conclusion.com.ar/opiniones/byung-chul-han-la-desaparicion-de-los-rituales-nos-ahoga/06/2020/> [Consultado 20-01-2023]

Preciado, Paul B. (2019). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. México: Anagrama.